

Carolina Pizarro

Universidad de Santiago de Chile

maria.pizarro.c@usach.cl

Reseña. Nora Strejilevich. *El lugar del testigo: Escritura y memoria (Uruguay, Chile y Argentina)*. Santiago: LOM ediciones, 2019.

Review. Nora Strejilevich. *El lugar del testigo: Escritura y memoria (Uruguay, Chile y Argentina)*. Santiago: LOM ediciones, 2019.

“No hay punto final, hay un deambular que no cesa entre relatos que, como dice Laura Estrin, pueden. Y en este deambular, que es colectivo, surgen afinidades y rechazos con otras miradas (11)”. Con estas palabras Nora Strejilevich da inicio a sus reflexiones acerca del lugar del testigo en la literatura testimonial latinoamericana, específicamente aquella producida al alero del terrorismo de estado ejercido por las dictaduras que asolaron en los 70 y los 80 al Cono Sur. Su libro, como señala la autora, forma parte de una extensa cadena de representación e interpretación de los hechos y las dinámicas que caracterizaron estos procesos, en las que se entrelazan diferentes voces. El texto, por lo mismo, se abre hacia una polifonía, desde un centro organizador que es la perspectiva subjetiva de la propia Nora. La voz autoral está presente, ejerciendo su función de testigo, pero ya no desde una vereda experiencial, como lo hace en *Una sola muerte numerosa*, sino tomando una posición prioritariamente reflexiva, es decir, exponiendo su propia concepción del testimonio y del acto de testimoniar.

El lugar del testigo se constituye entonces como un mosaico, por el entrecruzamiento de voces y posiciones teóricas, por la incorporación y el detallado comentario de un corpus importante de obras testimoniales y también por su estructura. Se trata de un libro complejo, que consta de varias partes con distintas funciones, pero que no obstante puede ser recorrido a través de una serie de ideas-fuerza que permiten aproximarse a la posición de su autora.

Una de las primeras ideas que atraviesa el libro es la necesidad de volver sobre procesos históricos que se suponen superados. La autora comenta a propósito que aún hay preguntas por

resolver y que mientras eso no se haga las consecuencias de esos procesos seguirán activas. Dice Strejilevich a propósito de la complicidad del cuerpo social en los crímenes de lesa humanidad:

¿Cómo es que tantos pudieron aceptar que se borrara a un sector de la ciudadanía y que, a continuación, se negara ese borramiento? ¿Hay alguna relación entre este consentimiento [...] y el reciente auge de votos que sustentan el propósito de crear nuevas figuras del *homo sacer*, ese ser matable cuya muerte no equivale siquiera a un sacrificio? (17)

El presente político de América Latina es el que urge a la reflexión acerca del pasado cercano y la forma en que las sociedades afectadas lo han elaborado. “[...] ante la pregunta sobre si estos testimonios constituyen un aporte particular a la cultura de la memoria, mi respuesta es afirmativa” (17), señala la autora.

La segunda idea fuerza que recorre esta obra tiene que ver con la noción de testigo que se desprende de estas reflexiones. Una de sus características es que su posición cambia a lo largo del tiempo: “Quien sobrevive no deviene testigo de una vez para siempre, sino que se va construyendo en la medida que se dan las condiciones para nombrar lo vivido” (25). Ello explica el hecho de que su relato va cambiando. Hay una distancia entre la víctima que se fue y el testigo que se es, distancia que aumenta en la medida que se modifica el conocimiento de los procesos dictatoriales y cambian también las condiciones de recepción del testimonio. “Entonces surge la posibilidad de despertar memorias, reinterpretar conductas, recapacitar sobre regiones silenciadas hasta ese momento” (26), señala la autora.

Un segundo rasgo del testigo que Strejilevich pone sobre el tapete, a contrapelo de ciertas posiciones críticas ya canónicas, es el estatuto de tal que ostenta el sobreviviente. Para la autora equivale a una suerte de exilio la consideración de un “testigo perfecto” que se define por el hecho de estar muerto o casi muerto. “Si, en cambio, queremos acogerlo, nos corresponde tener presente que, a través de la tortura constante que ejerce la cotidianidad del campo, el detenido sufre un giro radical en relación a su forma de vincularse con la muerte” (47). Es testigo de la nuda vida y al mismo tiempo de la resistencia: “La «vida desnuda», en ese territorio donde la muerte anónima anda suelta, no olvida que es vida humana”, y por ello es que es posible el contacto con los otros detenidos, el humor, las estrategias de sobrevivencia compartidas e incluso la huida.

Un tercer rasgo del testigo que se pone de relieve es que el hecho de que éste conserva su identidad, proceso en el que el acto de testimoniar se vuelve fundamental:

Al tomar la palabra, el ex detenido-desaparecido objeta el lenguaje que el campo le impuso y que incorporó: en este sentido es un acto de resistencia (relatar desde la subjetividad deconstruye el idioma del horror, lo pone en evidencia, lo desafía, lo deshace). A lo largo de su narración el testigo no se presenta como un ser despojado de nombre, olvidado de su rostro, que en el umbral de la muerte debe decir «sí, señor» para refrendar que el poder ganó su guerra, como resume Calveiro. Por el contrario, el acto de testimoniar reescribe esa herida en sus propios términos. (36)

La tercera idea-fuerza que atraviesa este libro tiene que ver con una caracterización del testimonio. La palabra del testigo para su autora consta de dos cualidades fundamentales: es versátil y al mismo tiempo confiable, aspectos que no entran en contradicción. Su versatilidad

tiene que ver con varios matices que se despliegan a lo largo del texto:

En primer término, es portador de una lógica particular: Comentando a Sarlo, Strejilevich señala críticamente que “El testimonio no defenestra el lugar del saber ni de la inteligibilidad sino que los ejerce de otro modo: incorpora la emoción y es performativo en tanto se manifiesta como rebelión” (51). En segundo lugar, el texto testimonial se caracteriza por reelaborar las ruinas de un lenguaje: “El testimonio parte de la dificultad de trabajar con un lenguaje diezmado que intenta dar respuesta al atropello y procura desafiarlo, mostrando la cara oculta, lo no dicho por ese vocabulario” (71). En tercer lugar, el testimonio es impelido a nombrar, a pesar de todas las dificultades de expresión que acarrea la experiencia límite:

Los testigos, en suma, procuramos volver a la sociedad de la que fuimos expulsados y marginados para cuestionar, desde el testimonio –razonamiento emocional o emoción pensada–, ese acontecimiento inaceptable que nos rebela y nos mueve a un accionar donde la palabra cumple una función esencial: nombrar (con pasión) lo que se quiso borrar (con frialdad). (52)

Una cuarta idea-fuerza postulada en *El lugar del testigo* se vincula con la compleja y siempre esquiva figura de su contraparte, el receptor, aquel o aquellos a quienes va dirigido el testimonio.

Para Strejilevich, una función esencial del texto testimonial es incitar a sus lectores “a considerar sus propios olvidos y oclusiones” (31). Un testimonio es portador de saberes: revela las marcas indelebles que dejó el acontecimiento doloroso, muestra por qué el crimen de lesa humanidad sigue vigente, pone en escena los siniestros vínculos por los que circula el poder. Dichos saberes no son solo reparadores para el testigo, sino también para la sociedad sobreviviente.

A pesar de este valor, el testimonio no goza de amplia escucha, porque el testigo tiene un lugar social complejo. “El problema es que al portador de esta memoria –visto como depositario de la información indispensable para condenar a los responsables del exterminio– se lo acepta en los tribunales pero sigue ocupando un lugar incómodo en la sociedad: el manto de sospecha que lo rodea sigue vigente” (35). Strejilevich señala la importancia de preguntarse qué es lo que ciertos sectores ven y proyectan en su figura que se traduce en su marginación sostenida, y se responde apelando a la dificultad de recepción de la *mirada dolorosa*: A propósito de la supuesta indecibilidad de la experiencia señala que “[...] no faltan las palabras, lo que sobran son los modos de aplacar el dolor y el deseo generalizado, de negarlo. Es preciso dar con formas que lo restituyan, que lo hagan audible. ¿Por qué? Porque si las ruinas del pasado son vistas como una naturaleza que se asume como inevitable es porque se olvida el sufrimiento” (68). Dentro de este contexto, la apelación del testigo a su receptor es más que necesaria, es indispensable.

La quinta y última idea fuerza presente en este volumen es el estatuto literario o histórico del testimonio, que se despliega en las exploraciones de los casos de Uruguay, Chile y Argentina. Antes de entrar en esta materia, que es el trabajo directo, de taller, con el texto testimonial, Strejilevich ha adelantado algunas consideraciones importantes de tener a la vista. La primera de ellas tiene que ver con una falsa competencia entre testimonio e historia. En la concepción de la autora, “el narrador/testigo no le disputa el espacio al historiador”, puesto que ambos relatos se complementan. En su visión, el testimonio no es solo expresión subjetiva, sino que genera transmisión y debate. De allí que el testigo no pueda admitir que su relato está sujeto al relativismo, pues “su testimonio tiene sentido en tanto el crimen, cometido con voluntad de

olvido, se reconozca como perpetrado” (81). Quien testimonia, en consecuencia, está situado en una tensión, y de allí que le preocupa que su escritura sea considerada exclusivamente obra artística, aunque tenga plena conciencia que se trata de una obra de lenguaje. “Su creación habita y resuelve –dice Nora– el espacio liminal entre historia y memoria” (*Idem*).

Aun cuando se reconoce la referencialidad que es connatural al testimonio, el libro se inclina también por la defensa de su estatuto literario. Strejilevich advierte en repetidas ocasiones que es necesario reconocer una amplia gama de matices y ello implica validar en su dimensión testimonial a un conjunto de obras que tienen una impronta estética. De allí que, en su aproximación a los tres campos testimoniales antes mencionados, unidos por una trama histórica común, emerja un corpus complejo en el que es posible observar la tensión entre testimonio y literatura. La autora comenta a propósito de la valoración de *La escuelita*, que a su juicio debe ser leído como un testimonio de fuerte impronta literaria, pero que, no obstante, ha sido incluido dentro de un corpus estrictamente referencial, sin intenciones estéticas. Siguiendo esta línea de reflexión, *Las cenizas del cóndor* es una novela que se valida en este libro como testimonio y *Tejas verdes* es un testimonio que se considera una novela testimonial. En el ejercicio de la crítica textual, finalmente, Strejilevich pone en acción las distintas categorías y distinciones que ha delineado en los capítulos anteriores, ofreciendo una visita renovada al corpus testimonial.